

## El resto lo usan más

Toc, toc. Fue el penetrante y rítmico sonido de la aldaba golpeando la puerta la que, como de costumbre, me despertó aquel día. Tras verter el aceite restante del candil en un cuenco de madera sobre mi mesa, acudí a abrir la puerta de la que era mi casa, si es que podía llamarse así a las cuatro delgadas paredes que la formaban. Un tabique de barro la dividía en dos: mi lado y el de mi madre, quien, tras haber caído enferma hacía varias semanas, se pasaba los días en cama. Tal era nuestra situación que era yo quien se ganaba la vida por los dos, saliendo a pedir todos los días para poder tener algo que llevarnos a la boca. Eso, y poder pagar al recaudador que estaba tras la puerta, quien con un gesto me arrebató de las manos los cinco reales que le llevaba. Aquellos eran los últimos que teníamos, de forma que ese día debía traer algo de dinero sí o sí para poder mantener nuestra casa.

De esa manera, tras dar de comer a mi madre y limpiar un poco, salí al pueblo a pedir dinero. Tras unas miradas de rechazo de aquí y allá y otro par de insultos de unos borrachos, acabé en la plaza, más atiborrada que de costumbre. La razón: una ejecución. Ni siquiera presté atención al hombre al que le ponían la cuerda al cuello. En cambio, aquella multitud era idónea para robar sin ser atrapado, colándome entre las piernas de los señores y las enaguas de los vestidos de las doncellas, hasta lo que mi pequeña altura me permitía. De esa manera me hice con un pan y un pequeño monedero, en cuyo interior encontré dos reales. No obstante, aún necesitaba otros tres para compensar los que había gastado ese día.

Justo me encontraba saliendo de la plaza cuando un hombre frente a la antigua lonja me llamó la atención. Con un gesto me dijo que me acercara. Yo estaba convencido de que me había visto robar e iba a regañarme por ello. Una vez estuve frente a él, pude analizar su vestimenta algo extraña: portaba un sombrero que le tapaba casi toda la cara y del que se asomaba una blanca barba, y una manta que le cubría el cuerpo hasta los tobillos, de los que salían unas albarcas que le quedaban algo grandes. En el momento que abrió la boca para hablar, en vez de darme una reprimenda, me ofreció una manera de obtener dinero de forma rápida y sencilla, hasta para un zagal como yo.

El trato era el siguiente: él me haría una pregunta y yo debía responderla. En caso de acertar la respuesta, yo me llevaría nada más y nada menos que cien reales. En caso contrario, me daría tres y tendría que regresar al día siguiente, al mismo lugar y a la misma hora, para volver a intentarlo. Tras hacer los cálculos correspondientes en mi cabeza, deduje que aquella era una oferta más que beneficiosa, mas no me inspiraba mucha confianza. Aun así, no tenía nada que perder, así que escuché atentamente. «¿Qué es aquello que te pertenece solo a ti, pero que los demás usan más que tú?». Vaya. Estuve unos cuantos minutos dándole vueltas a la pregunta. ¿Qué podía ser? ¿Qué tenía yo que el resto usaran más? Finalmente di con mi respuesta: «el dinero». Después de todo, aunque yo tuviera

unas pocas monedas, siempre había otras personas que podían gastar mucho más sin preocuparse.

Sin embargo, el hombre negó con la cabeza, diciendo que estaba equivocado. Pero, para mi sorpresa, me dio los tres reales que me había prometido. Me recordó que volvería al día siguiente y desapareció entre la gente. Yo, que no cabía en gozo, corrí hasta mi casa para darle la noticia a mi madre, con la que repartí el pan que había robado. Ella se emocionó tanto como yo, e insistió en que lo intentara de nuevo al día siguiente. Y eso hice: en la mañana, volví a la plaza, menos llena que el día anterior. Tal y como había prometido, el hombre se encontraba en el mismo lugar, mirándome desde la distancia, como si hubiera estado aguardando mi llegada.

Por suerte, yo había pasado la noche en vela, pensando en la respuesta al acertijo, así que lo primero que hice al acercarme fue decirla en voz alta: «el hambre». Mas de nuevo el hombre me dijo que aquella respuesta era incorrecta. Me dio los tres reales y se despidió. Volví a mi casa algo enfurruñado; había estado convencido de que iba a acertar. Igualmente, guardé con gusto las monedas. Así, volví a pensar una nueva respuesta y se la di al día siguiente. «Pan». Otra vez, aquella no era la que buscaba. Me dio los reales y volví a casa. Y así pasaron los sucesivos días: por la mañana iba a la plaza, fallaba la pregunta, ganaba los tres reales y volvía a casa a pensar la respuesta para el día siguiente. «Zapatillas», «mandil», «cuenco», «casa», «mesa», «cama», «mi cuerpo», «mi inteligencia», «mi presencia»..., fueron algunas de las respuestas que iba dándole, cada cual más abstracta que la anterior, pero todas ellas erróneas.

Llegó el día en que me di cuenta de que, si siempre me equivocaba con la respuesta, en algún momento habría ganado muchos más que cien reales, de forma que comencé a decirle respuestas sin sentido con tal de ganar los tres reales diarios. Pero aquello no duró mucho. Un día me dio la noticia: partía de viaje en tres días y no volvería. Aterrorizado, supe que debía encontrar la respuesta cuanto antes. Pregunté por las calles, pero las respuestas que me daban eran como las mías: todas incorrectas. Cuando volví a casa con mi madre, quien por desgracia había empeorado, le conté lo sucedido. Ella me llamó por mi nombre y me dijo que no le quedaba mucho más tiempo, pero que con los cien reales quizá se salvaría. Repetí mentalmente la frase, y entonces la respuesta se presentó ante mis ojos.

Al día siguiente, corrí hasta la plaza. Era el último día del señor allí. Volvió a hacerme la misma pregunta, y aquella vez, respondí con la certeza de que acertaría: «el nombre». El hombre sonrió y se sacó una bolsa de tela. Cuando la puso en mis manos noté el peso de los cien reales que había en su interior. Como de costumbre, desapareció sin dejar rastro. Yo, en cambio, corrí a mi casa para enseñarle el dinero a mi madre. Sin embargo, cuando llegué y comencé a llamarla a gritos, no hubo respuesta: mi madre, la que me había dado nombre, había muerto. Ahí fue cuando comprendí que nunca más volvería a escuchar ese nombre que me había hecho ganar cien reales. Fin.